

¿Cuándo murió Manuel Rojas?

Por: José Miguel Varas.

Veinte años sin el escritor o dos decenios para recordarlo.



Una tarde, allá por los años 50, un profesor de castellano del Instituto Nacional encargó a un grupo de sus alumnos que fueran a entrevistar a escritor Manuel Rojas, entonces director de las prensas de la Universidad de Chile.

Los estudiantes, adolescentes de espinillas, pudieron, por lo que se sabe, dominar el impulso inicial de echar a correr que solía originar el ceño adusto del escritor, de rostro atezado como el del estibador que fue alguna vez, y su corpachón empinado hasta las cercanías del metro noventa ("Acérquesele, no muerde", es un rótulo que él mismo se adjudicó una entrevista con Lenka Franulic). A los pocos minutos, el diálogo se hacía animado y alegre, los bisoños periodistas preguntaban y anotaban afanosos en sus cuadernos. Al despedirse, el hombrón se dirigió a uno de los niños, que había estado silencioso y algo ausente.

- ¿Y tú? -le dijo- ¿no tienes nada que preguntarme? Este se sonrojó y con un ligero tartamudeo murmuró: ¿Cuándo murió Manuel Rojas? Después de un silencio, desconcertado el escritor estalló en una carcajada que resonó estentórea por los corredores embaldosados del gran patio. Le hicieron coro los entrevistadores. Todos menos uno.

Rojas, que nunca se hizo ilusiones sobre la fama literaria -propia o ajena- repetía a menudo la anécdota.

Hoy sabemos que murió el 11 de marzo de 1973, hace 20 años. Desapareció así no sólo uno de los mayores narradores chilenos, para Carlos Droguett y otros "el

más grande novelista de este siglo", sin también un ser humano de excepción que parece haber concentrado las más profundas y valiosas esencias de Chile.

IMPACIENTE Y ACTIVO

Se forjó a sí mismo en medio de las pellejerías más extremas y conoció desde la infancia la miseria y las degradaciones que acarrea. Atravesó por los oficios más duros y diversos, entre seres sumergidos en el alcohol y todos los vicios imaginables sin perder jamás una especie de pureza ética, su fidelidad a un destino personal que forjó a puso sin recibir jamás nada gratuitamente.

Fueron sus primeros 25 ó 26 años los que le proporcionaron, con toda la áspera riqueza de su experiencia, prácticamente la totalidad del material de la obra literaria que desarrolló en los 50 años siguientes.

Su matrimonio con la escritora María Baeza en 1927 produjo un cambio decisivo en su existencia. Se hizo más sedentario, asumió con total seriedad las responsabilidades del hombre casado, padre de familia, y cuando ella murió tempranamente en 1936, se hizo cargo sin complicarse demasiado de sus hijas Eugenia y Paz y su hijo Patricio, en aquel entonces entre los ocho y los siete años de edad.

- Su relación con nosotros fue siempre de igual a igual cuenta su hija, la doctora Paz Rojas- Nos contaba todo lo que le pasaba, inclusive sus amores, lo que le preocupaba, lo que leía. También lo que ganaba. A fin

CONTINUA PAG. 11

Entrevista en
DOMINGO

11

TEMAS

de mes, llegaba a la casa y tiraba para arriba los billetes del sueldo. Juntos veíamos, desde chicos, para qué alcanzaba, para qué no.

Este mes, zapatos para Pacita (esa era yo) o para Jenita (mi hermana Eugenia) o para Papito (mi hermano Patricio). Nos leía en voz alta lo que estuviera leyendo, así fuera Faulkner, Stendhal o Flaubert. No sé cuánto llegábamos a entender.

Sentía, Manuel Rojas, un profundo menosprecio por la educación formal. A sus hijos les decía a menudo: "No me importa que sean buenos alumnos, sino que lean, lean y lean". No recibió con entusiasmo la decisión de Paz de estudiar Medicina, porque había sido enfermiza cuando chica y pensaba que el esfuerzo sería excesivo para ella. Ni Eugenia ni Patricio siguieron carreras a universitarias.

Educaba a sus hijos de otro modo. Los hizo participar desde pequeños en excursiones agotadoras y maravillosas. Era un caminante fenomenal, profundo conocedor del territorio, en especial de la cordillera. Algo de eso contó en su libro "A pie por Chile". Sabía mucho del mar, de las estrellas, de los insectos, de las aves del país. Entre sus libros de consulta permanente figuraba un tratado de entomología en diez volúmenes. Muchos domingos partía con sus "abejorros" a la Quinta Normal, a cazar mariposas de color naranja. Sabía hacer todos los nudos marineros.

En su banco de carpintero trabajaba casi todas las tardes, después de la jornada diaria. Hizo muchos muebles. En la que fue su casa, en la calle Llewelyn Jones, se conserva, entre otras cosas, un enorme lustrín, de tamaño adecuado para sus pies del 44.

En 1973, cuando vivía sus últimos días contemplando el mar, en El Quisco, dijo de súbito:

- Estoy pensando en escribir un libro sobre los pájaros. Cuando quiso casarse con Valeria López, consultó el asunto con sus hijos y con Esthercita, la "nana" que los crió y estuvo siempre con ellos, como una abuela, desde la muerte de la madre.

- Hicimos una votación en torno de esta mesa (la del comedor)



A Manuel Rojas le gustaban las excursiones. En la foto con sus dos hijas, Paz y Eugenia, de paseo en Lagunillas.



Impaciente, siempre activo, "construido con elementos de timidez y de urgencia" era el autor de "Hijo de ladrón".

-cuenta Paz Rojas. El matrimonio se aprobó por tres votos contra uno. Esthercita votó en contra. Impaciente, siempre activo, "construido con elementos de timidez y de urgencia", como se retrata en su poema "Deshecha rosa", una de sus frases habituales era: "Que estamos esperando ahora". Fue también la última que pronunció, en la Clínica Santa María de Santiago, el 11 de marzo de 1973.

Uno de los médicos que lo atendieron en sus horas finales se mostró especialmente conmovido por la muerte del escritor. A Paz Rojas le explicó por qué. Veinte años antes había sido el institutano distraído que le preguntara: - ¿Cuándo murió Manuel Rojas?